



## PARTE I LEGIONES

### LEGIONES DE ROMA

*El cielo inspiró sin duda a los romanos en la organización de la legión, tan superior parece a la invención humana*

VEGECIO

**E**l Ejército romano desempeña un rol fundamental en la historia, creando y manteniendo un imperio que llega a circundar Europa, el norte de África y el Próximo Oriente. Su imagen es la de una fuerza altamente organizada, rigurosamente profesional y brutalmente disciplinada. A lo largo de los siglos desarrolla una compleja infraestructura de calzadas, almacenes, graneros y fábricas de armas, que permite a las legiones desplazarse con rapidez y combatir en cualquier parte y en cualquier momento. Como veremos una de las razones de su éxito es su capacidad logística, sin parangón en los ejércitos de su época, que le otorga una ventaja decisiva sobre sus oponentes.

Pero, antes de aventurarnos a analizar las necesidades logísticas del ejército romano es preciso conocer su composición, cómo se organiza y combate. Cada elemento que lo compone genera unas demandas específicas. Solo teniendo una visión global del ejército romano se puede avanzar en el estudio de su logística. La concepción que tiene un estado sobre la guerra es clave para comprender las necesidades logísticas que va a padecer.

Los ejércitos de la República y el Imperio son muy diferentes, el primero una milicia de ciudadanos en armas, el segundo una fuerza profesional. Roma comienza luchando contra sus vecinos, similares en tácticas y armamento. Pero a medida que su poder crece sus enemigos son más exóticos. A todos consigue vencer o mantener a raya. Las armas y tácticas romanas evolucionan



fundamentalmente para reaccionar ante los diversos oponentes con que se enfrentan. La expansión de la ciudad del Tíber le lleva a oponerse a los contrincantes más variados que combaten con tácticas diferentes en escenarios diversos. Desde las falanges helenísticas, compactas y altamente disciplinadas, a desorganizadas hordas de incivilizados bárbaros de apariencia salvaje. Esto hace que el sistema militar romano sea flexible para adaptarse a las cambiantes circunstancias de cada campaña.

Los rudos bárbaros del norte desdeñan a los refinados romanos y sus modales incomprensibles. Los sofisticados generales helenísticos, herederos del mismísimo Alejandro, menosprecian a la legión romana por su aparente simplicidad. Pero esta fuerza, en origen una milicia ciudadana, hace doblar la rodilla a los más floridos ejércitos profesionales de su época y consigue contener a los pueblos más indómitos.

Y, además, aprenden de ellos. Los romanos siempre supieron reconocer el talento y no dudan en incorporar a su ejército como auxiliares a unidades especializadas. Y no tienen ningún empacho en adoptar armas utilizadas eficazmente contra ellos por sus enemigos. Su orgullo no les impide adoptar las costumbres de otras naciones si les parecen dignas de consideración. Como dice Salustio, los romanos estaban más inclinados a *emular el mérito que a estar celosos de él*.

Los primeros relatos fiables del ejército de Roma comienzan con las guerras contra Cartago. Los cinco siglos de historia romana anteriores permanecen en buena medida ocultos. Lo poco que se ha conservado sobre esa época se escribió cientos de años después y es una mezcla de verdad y fábula repleta de pintorescos mitos. Pocos autores clásicos proporcionan información fiable sobre la composición y organización de las legiones. Habitualmente se refieren a ellas como meros instrumentos de la estrategia romana, simples peones en el tablero de las guerras romanas. Sabemos más de sus generales que de estas unidades que manejan en el campo de batalla. Como veremos, Polibio proporciona la descripción más detallada y fiable de la legión. Tito Livio aporta algunos datos que debemos tomar con muchas reservas. César nos da un testimonio impagable de las legiones de la república tardía. Aunque no suele perder el tiempo en explicar los detalles de organización y tácticas que seguramente supone ya conocidos por sus lectores. Autores tardíos también aportan información de interés que debemos utilizar con mucha prudencia. Se trata fundamentalmente de Flavio Vegecio en su *Epitome Rei Militaris* e Higino el Gromático con

su *De Munitiombus Castrorum*. Flavio Arriano, mientras es gobernador de Capadocia, escribe sobre el ejército romano. Aunque sus textos están plagados de inconsistencias y contradicciones, aporta algunos datos interesantes. Tácito describe campañas y batallas, pero lo hace de un modo muy superficial. Su interés no está en describir el funcionamiento detallado del ejército romano, sino en presentar una historia amena de personajes y eventos para sus seguidores. Con estas dificultades han tenido que lidiar los autores actuales para intentar describir el ejército romano y su evolución a través del tiempo. Veamos a continuación qué es lo que sabemos sobre este tema.

### Las primeras legiones

El poder romano permaneció durante mucho tiempo confinado en el reducido espacio de la cuenca del río Tíber. Lo que se sabe de esta época tiene mucho de leyenda y de reconstrucciones imaginativas repletas de anacronismos. La guerra en esta época era un acontecimiento anual enmarcado por antiguos rituales celebrados en marzo y octubre que marcaban el inicio y el cierre de la campaña. Militarmente, no hay mucha diferencia entre los romanos y sus vecinos. Es una época de incursiones, emboscadas, robo de ganado y, tal vez, algún encuentro ocasional entre ejércitos. La lucha la protagonizan bandas guerreras de unos pocos cientos de hombres. Fuerzas rápidas, versátiles y depredadoras. Los jefes de clan luchan por su gloria personal, sus seguidores por lealtad y por la esperanza de botín. Roma inicia su larga carrera de conquistas absorbiendo gradualmente a sus rivales más cercanos. Paulatinamente va creciendo la escala de sus conflictos requiriendo una organización y recursos militares mayores.

La primera organización romana conocida distribuye la población en treinta unidades denominadas curias, agrupadas en tres conjuntos de diez conocidos como tribus: *ramnes*, *tities* y *luceres*. Las treinta *curiae* son las unidades de votación grupal en la asamblea más antigua de Roma, la *comitia curiata*. El primer ejército de Roma lo forman 3.000 infantes y 300 jinetes (*celeres*), reclutados en grupos de 100 y 10 respectivamente de cada curia. Cada tribu proporcionaba 1.000 infantes bajo el mando de un *tribunus*, agrupados en *centuriae* de 100 hombres mandadas por un *centurio*. La fuerza resultante de 3.000 empieza a conocerse como *legio*, el primer ejército convencional de Roma. Este primitivo ejército romano es una milicia dominada por la aristocracia con un núcleo de guerreros bien armados rodeados de una leva de dudosa eficacia. El tipo de combate es de carácter heroico basado



esencialmente en el encuentro individual. Solo unos pocos afortunados pueden permitirse una costosa coraza y un yelmo de bronce. Son la élite armada para el combate que lleva el peso de la lucha apoyada por el resto de ciudadanos que alientan con su griterío a los verdaderos combatientes.

El siguiente paso es la división de los ciudadanos en centurias basadas en la riqueza, algo que se atribuye al rey Servio Tulio. Por ello se suele conocer como constitución serviana y regula los deberes militares de los ciudadanos romanos. Probablemente no fue un cambio puntual, sino el resultado de una larga evolución atribuida posteriormente a un personaje semi-mítico. La reforma supone la creación de un ejército en el que los ciudadanos se arman en consonancia con su clasificación en un censo de sus propiedades.

Roma, rodeada de poderosos enemigos, se mantiene a la defensiva luchando por su mera supervivencia. Por esta época se adopta en toda la región el equipo del hoplita, con su característico escudo redondo de doble agarre y la lanza como principal arma ofensiva. Quizá Tarquinio Prisco, primer monarca de Roma de origen etrusco, sea el responsable de la adopción de la táctica hoplítica. Se cree que la introducción del equipo hoplita condujo a un nuevo estilo de lucha. Por tanto, en sus orígenes la legión romana es una falange, armada al antiguo estilo dorio. Una formación estática de “hombres de bronce” equipados con el armamento más pesado y carentes del apoyo de fuerzas auxiliares de caballería, arqueros... Frente al duelo singular de la época heroica se adopta una táctica de combate en una línea profunda de hombres pesadamente armados. Una muralla móvil que avanza empuñando la lanza mientras se protegen mutuamente con los escudos. Una formación bastante homogénea de infantes pesados que maniobra y lucha en el campo de batalla como una sola unidad en lugar del antiguo combate de guerreros individuales. Los días de los aristocráticos héroes guerreros habían llegado a su fin.

Roma es todavía un reino no muy diferente de tantos otros. Pero, a finales del siglo VI a. C. el último rey de Roma, Tarquinio el soberbio, es expulsado y sustituido por dos magistrados electos, los cónsules<sup>1</sup>. Surge la Roma republicana, una sociedad timocrática en la que los deberes y privilegios de sus ciudadanos dependen de su riqueza. La reforma serviana proporciona la base para el desarrollo durante la república de la *comitia centuriata*. Una asamblea popular basada en el censo y en las obligaciones militares, que

---

<sup>1</sup> Año 509 a. C.



comprende a todos los ciudadanos romanos con derecho a voto. Estos, reunidos en el campo de Marte, votan la guerra y deciden la paz. Eligen anualmente a los magistrados con *imperium*, cónsules, pretores, censores y ediles curules, y juzgan los casos capitales.

La propiedad determina la posición de cada ciudadano en la asamblea centuriada. La obligación militar se extiende a todos los ciudadanos varones inscritos en el censo. El sistema centuriado divide a la infantería en varias clases según su potencial económico, equipadas de forma diferente. El resultado de este sistema timocrático es un ejército heterogéneo con hoplitas e infantes más ligeramente armados. La fuerza militar de Roma experimenta así una notable mejoría al ofrecer a los ciudadanos un papel destacado y bien definido en el ejército. La participación militar, más que un deber es un derecho, incluso un privilegio. Las clases propietarias que cumplen su deber cívico sirviendo en la infantería de línea se convierten en la columna vertebral del ejército. Ya no son guerreros individuales los que deciden la suerte del combate con alguna acción memorable, sino ciudadanos que operan integrados en unidades. Los guerreros no son soldados. Pueden ser combatientes implacables, pero los soldados pueden operar en masa como un colectivo unido ya que valoran el grupo por encima de individuos heroicos. El guerrero arcaico cede su puesto en la historia al disciplinado ciudadano-soldado.

Mediante el censo se conoce el número de ciudadanos en edad militar y la riqueza de cada uno de ellos. En este documento se registran los nombres de los ciudadanos, la valoración económica de sus bienes, nombre de sus padres, la edad, nombre de sus mujeres e hijos y la tribu a la que pertenecen. Cada vez que los censores realizan un censo asignan a los ciudadanos a una de las cinco clases económicas en función del valor de sus propiedades. El rango va desde los más de 100.000 *asses* de renta para pertenecer a la primera clase, hasta los 11.000 *asses* que se exigen para la quinta clase. Estas cinco clases constituyen la *classis*, el conjunto de ciudadanos con obligaciones militares. Por debajo están los *infraclassem*, sin medios para formar parte del ejército. Son conocidos como *proletarii*, ya que solo contribuyen al estado con sus hijos, o *capite censi*, censados por su persona no por sus bienes.

Los miembros de cada clase deben armarse de acuerdo con su clasificación (*arma imperata*). La posesión individual de armas, celosamente guardadas en las propias viviendas, identifica a estos guerreros como hombres libres diferenciados de los sumisos súbditos de reyes, déspotas o tiranos. Aquellos



cuyos bienes no alcanzan la clasificación mínima quedan exentos del servicio militar. Así los ciudadanos se dividen en una *classis* armada, los *adsidui*, y una *infraclassem* sin contribución militar, los *proletarii* o *capite censi*. No obstante, en circunstancias excepcionales el Estado se reserva el derecho a movilizar a todo romano capaz de empuñar un arma.

La gran innovación es la división de las clases en *centuriae*. Las cinco clases *de adsidui* se dividen entre los de edad militar, los *iunores* de 17 a 45 años, y los mayores de 45 años, *seniores*. Las tres primeras clases llevan el típico armamento del hoplita, formando sesenta centurias, 40 de la primera clase, 10 de la segunda y 10 de la tercera. Estas dos últimas probablemente con un equipo de peor calidad. La cuarta y quinta clases, armadas de forma más ligera, aportan 10 y 15 centurias respectivamente. A esto se añaden 18 centurias de équites, los de mayor rango y posición económica. Y se completa con cuatro centurias de artesanos y músicos y otra de *capite censi*, sin obligaciones militares. 193 centurias en total. Este ejército duplica al del sistema curiado, algo que se interpreta como una evolución lógica al haber sustituido a un rey por dos cónsules, cada uno con su propio ejército.

Los ciudadanos que pueden costearse el armamento hoplita forman todas las primaveras la línea de batalla de la falange donde, una vez trabado el combate, nadie es más que nadie. La primera falange romana se organiza por centurias, al mando de un centurión. Y seis tribunos por legión. Esta ancestral estructura de mando se conserva durante quinientos años, incluso aunque la organización y tácticas de las legiones evolucionan radicalmente.

Este ejército romano en batalla adopta una formación de falange, con las clases mejor armadas como infantería de línea y el resto apoyando. Posiblemente los miembros de la quinta clase se limitasen a acciones de hostigamiento previas al choque. Y la caballería desplegada en los costados de la formación para proteger los flancos, explotar el éxito persiguiendo al enemigo vencido o cubrir la retirada en caso de derrota.

Solo los ciudadanos más pudientes pueden permitirse el costoso equipo del hoplita. Tienen que proveerse de sus propias armas, que guardan colgadas de las paredes decorando los salones donde los hombres se reúnen para beber, conversar y narrar pasadas hazañas bélicas.

El arma por excelencia del hoplita es la lanza de empuje, *hasta*, de madera de fresno y 2 o 2,5 metros de largo. La lanza está equipada con una larga punta de bronce o hierro y un regatón. La contera, regatón o *sauroter* cumple varias funciones. Actúa como punta de emergencia si el astil de madera se

parte, algo que no debía ser raro. Permite clavar la lanza en el suelo en los descansos o cuando se deja en el campamento. Y lo más importante, sirve de contrapeso retrasando el centro de gravedad de la lanza. Esto permite empuñarla en su tercio posterior, de modo que sobresale unos dos metros por delante y muy poco por detrás para no estorbar a las filas posteriores.

El hoplita se protege con un escudo característico (*aspis*). Tiene un núcleo de madera flexible, álamo o sauce, cubierto con una delgada capa de bronce. Debido a su gran peso debe embrazarse mediante un soporte central y una agarradera lateral. Este sistema descarga el peso y permite recibir golpes mucho muy violentos. Pero impide desprenderse de él con facilidad, es un escudo diseñado para un único tipo de combate, el de la lucha en falange. Pegado al pecho cubre al soldado desde la barbilla a las rodillas. La mitad del escudo sobresale por el lado izquierdo cubriendo al compañero de ese lado. Del mismo modo cada guerrero necesita a un compañero a la derecha que le proteja con su escudo el costado.

La protección del hoplita se completa con un casco muy cerrado que dificulta la visión lateral y la audición, algún tipo de coraza y grebas para las espinillas. Así cubiertos de metal, y protegidos además por su gran escudo circular, los hoplitas son casi invulnerables mientras mantengan una formación cohesionada.

Los ciudadanos-soldados no pueden permitirse pasar más de unas pocas semanas de verano en campaña. Como resultado, los conflictos son de corta duración y se deciden en una sola colisión frontal entre las fuerzas opuestas. El combate de una falange hoplita es una lucha cuerpo a cuerpo en una formación densa. Los guerreros hoplitas se unen en una formación cerrada, uno al lado del otro, de modo que sus escudos se tocan, presentando un frente sólido al enemigo. El combate se basa en presionar al oponente con el escudo mientras se embiste con la lanza. La coherencia y disciplina de la formación es la clave. Cada hoplita debe mantener su puesto, un hueco en la fila puede conducir a la derrota.

La falange es una formación profunda, de ocho a doce filas. Pero solo las dos primeras pueden usar su *hasta* de forma ofensiva. El resto agrega peso al ataque con su empuje (*othismos*). Los combates se libran en un terreno llano y se limitan en gran medida al brutal choque de dos falanges. Tras un último sacrificio a los dioses solicitando su favor, los ejércitos despliegan uno frente a otro. Los ciudadanos romanos forman en línea, con el escudo apoyado en sus rodillas y la lanza en el suelo en posición vertical. A una



señal se inicia el avance, los más veteranos se ocupan de que se mantenga lo mejor posible la línea y que nadie abandone su posición. Progresan en formación cerrada hombro con hombro con sus escudos parcialmente superpuestos. Avanzan coordinadamente hacia el enemigo, entonando cánticos para invocar la protección de los dioses en la batalla y golpeando firmemente el suelo con los pies para infundirse valor. Ninguna falange es capaz de avanzar mucho sin desordenarse. Durante el movimiento pueden perder la rígida uniformidad de sus columnas cuidadosamente ordenadas, de forma que en el momento que entren en contacto con el enemigo la línea ya no es recta ni las filas uniformes. Cualquier obstáculo puede romper la formación, por esos los generales habrán elegido un terreno llano para librar la batalla. Al comienzo del avance las lanzas se llevan inclinadas y apoyadas en el hombro derecho, con la punta y el pulgar mirando hacia arriba. A una orden se voltea la lanza bajándola a una posición de acometida por debajo del hombro, con el pulgar de la mano derecha apuntando hacia adelante<sup>2</sup>. Como las lanzas tienen el centro de gravedad retrasado al menos dos metros de la asta se proyectan por delante del guerrero. Cuando ambos bandos se encuentran a una distancia aproximada de un estadio (185 m), suenan las trompetas ordenando la carga. Los hoplitas vibran con su grito de guerra, dispuestos a reverdecer las hazañas de sus ancestros. Y embisten a sus enemigos a la carrera. En el instante previo al choque ajustan su escudo colocándolo frontalmente para cubrir la mayor superficie posible. El clamor de cientos de hombres rugiendo su grito de guerra, el estrépito metálico de las corazas y armas entrechocando y la imagen de una línea de guerreros a la carrera es muy capaz de inducir al pánico al enemigo haciéndole huir. Si el enemigo da la espalda y huye será rebasado por la carga y masacrado sin contemplaciones. Si el oponente aguanta firme las dos líneas de escudos impactan brutalmente aturdiendo a los soldados y provocando grietas en su formación. Una vez entrechocados los escudos la batalla se decide en una suma de muchos combates individuales. Quizá con las filas traseras empujando con fuerza con sus escudos apoyados en las espaldas de los soldados de delante. En este momento se desata la tormenta de lanzas. Las armas se dirigen a las partes más desprotegidas del enemigo por encima y por debajo del escudo aguijoneando con rapidez. La garganta, la ingle y los muslos son las partes más vulnerables. Solo si rompe su lanza el hoplita

---

2 Según la descripción de Jenofonte. Hay autores que proponen otras maneras de portar la lanza.



recurre a su espada. Los soldados de las primeras filas no pueden retroceder porque no pueden abrirse camino entre las filas que forman a su espalda. Un hombre caído es poco probable que vuelva a levantarse, el hombre de detrás avanza un paso ocupando su puesto para conservar la integridad de la formación. Si los hombres de retaguardia no pierden la confianza la formación mantendrá su cohesión. Una falange débil colapsa por detrás, no por delante. Ebrios de adrenalina y cegados por el polvo, siguen peleando entre un enorme estruendo en el que se confunden maldiciones, gritos de triunfo y quejidos de los heridos, mientras la sangre empapa el suelo.

Las falanges enfrentadas son una masa confusa que pelea entre las nubes de polvo que se elevan de la tierra seca pisoteada por miles de pies, hasta que una de las formaciones cede y se desmorona.

Esta sería una posible reconstrucción de la forma en que los primeros romanos luchan, de forma similar a una falange de estilo griego. La legión se considera una evolución de la falange, pero, como veremos, supone un cambio radical en la forma de combatir.

Como ya sabemos, el ejército romano se recluta entre todos los ciudadanos varones que posean propiedades con las que equiparse para la guerra, los *adsidui*. Inicialmente la palabra *Legio* significa simplemente leva y hace referencia a las fuerzas reclutadas. La palabra *legio* procede de *legere*, escoger, según Vegecio por el cuidado y exactitud puestos en la selección de los soldados. El legionario es un hombre escogido por sus cualidades jurídicas, físicas e intelectuales. El servicio militar es considerado una responsabilidad social, un honor personal y una señal de status. Los privilegios civiles que otorga el derecho de ciudadanía conllevan una serie de deberes militares. Los romanos deben contribuir con sangre a la defensa de la comunidad para tener voz y derechos en la asamblea de ciudadanos.

Hasta el siglo IV a.C. la *legio* (legión) constituía todo el ejército romano. La palabra no adquiere su significado de división de tropas hasta 362 a. C. cuando el grueso del ejército es dividido en dos legiones, que en 311 a. C. pasan a cuatro. Roma depende para su defensa de esta milicia ciudadana. Es llamada sólo en tiempos de crisis y licenciada en cuanto pasa el estado de excepción. La milicia está integrada, sobre todo, por granjeros y comerciantes que sirven durante unas pocas semanas, un mes o dos al año como mucho. Un ejército ciudadano en el que el soldado ha de compaginar la defensa del estado con la dedicación a sus propios intereses supone un tipo de guerra rigurosamente limitada en el espacio y en el tiempo.